

EL VIAJE DE CILKA

HEATHER MORRIS

EL VIAJE DE CILKA

Traducción de Santiago del Rey
y María José Díez Pérez

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Cilka's Journey*

© 2019, Heather Morris

Publicado por primera vez bajo el título *Cilka's Journey* por Zaffre, un sello de Bonnier Book UK

© 2019, Traducción: Santiago del Rey y María José Díez Pérez

© 2019, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5694-5

Primera edición impresa en México: febrero de 2020

ISBN: 978-607-07-6530-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

1

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE AUSCHWITZ-BIRKENAU,
27 DE ENERO DE 1945

Cilka mira al soldado que está plantado frente a ella. Es un miembro del ejército que ha entrado en el campo. Está diciendo algo en ruso y luego en alemán. El soldado se alza ante la muchacha de dieciocho años: «*Du bist frei*». «Es usted libre.» Ella no está segura de haber oído bien. Los únicos rusos que ha visto antes, en el campo, estaban demacrados y muertos de hambre: eran prisioneros de guerra.

¿Será posible que exista la libertad?, ¿que esa pesadilla haya terminado?

Al ver que ella no responde, el soldado se agacha y le pone las manos en los hombros. Cilka da un respingo.

Él se apresura a retirarlas.

—Perdone, no quería asustarla —dice en un alemán titubeante. Luego menea la cabeza, como concluyendo que ella no lo entiende. Hace un amplio gesto con las manos y repite las mismas palabras—: Es usted libre. Está a salvo. Somos el ejército soviético y estamos aquí para ayudarla.

—Comprendo —murmura Cilka, ciñéndose aún más el abrigo que cubre su cuerpo minúsculo.

—¿Entiende el ruso?

Cilka asiente. Aprendió de niña un dialecto eslavo oriental, el rusino.

—¿Cómo se llama? —pregunta el soldado con delicadeza.

Ella alza la vista, lo mira a los ojos y dice con voz clara:

—Me llamo Cecilia Klein, pero mis amigos me llaman Cilka.

—Es un nombre precioso —dice él. Es extraño estar mirando a un hombre que no es uno de sus captores y que está tan rebosante de salud. Los ojos claros, las mejillas plenas, el pelo rubio que asoma bajo su gorra—. ¿De dónde es, Cilka Klein?

Los recuerdos de su antigua vida se han desvaído y vuelto borrosos. En un momento dado, empezó a resultar demasiado doloroso recordar siquiera que la vida con su familia, en Bardejov, había existido.

—Soy de Checoslovaquia —dice con la voz quebrada.

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE AUSCHWITZ-BIRKENAU, FEBRERO DE 1945

En el interior del bloque, Cilka ha permanecido sentada lo más cerca posible de la única estufa que da calor. No ignora que ya ha llamado la atención. Las otras mujeres físicamente capacitadas, incluidas sus amigas, fueron obligadas hace semanas por las SS a abandonar el campo. Los presos restantes están esqueléticos y enfermos, o son niños. Y luego está ella. Iban a matarlos a todos a tiros, pero con las prisas por alejarse de allí, los nazis los acabaron abandonando a su suerte.

Además de los soldados han llegado también algunos oficiales —agentes de contrainteligencia, según ha oído Cilka, aunque no sabe muy bien lo que significa— para manejar una situación para la cual un soldado normal no está adiestrado. La agencia rusa se encarga de mantener la ley y el orden, en especial en lo referente a cualquier amenaza al

Estado soviético. Su misión en ese lugar, le han dicho los soldados, es interrogar a cada prisionero para aclarar su estatus durante su cautiverio, y sobre todo para averiguar si han colaborado o trabajado con los nazis. Los miembros del ejército alemán ahora en retirada son considerados enemigos de la Unión Soviética, y cualquier persona relacionada con ellos es, por definición, un enemigo de la Unión Soviética.

Un soldado entra en el bloque.

—Venga conmigo —dice señalando a Cilka. Al mismo tiempo, una mano la sujeta del brazo derecho y la pone de pie.

Ya han pasado varias semanas desde la llegada de los rusos, y ver cómo se llevan a la gente para ser interrogada se ha convertido en una parte de la rutina del bloque. Para Cilka, simplemente ha llegado «su turno». Tiene sólo dieciocho años, y espera que entiendan que no le quedaba otra opción que hacer lo que hizo para sobrevivir. Ninguna otra opción, aparte de la muerte. Sólo le cabe confiar en que pronto pueda volver a su hogar, en Checoslovaquia, y encontrar el modo de salir adelante.

Una vez en el edificio que el ejército soviético utiliza como cuartel general, Cilka intenta sonreír a los cuatro hombres que se hallan sentados frente a ella. Esos hombres están ahí para castigar a sus malvados captores, no a ella. Ahora todo irá bien, ya no habrá más pérdidas ni más sufrimiento. No obstante, su sonrisa cae en el vacío. Observa que los uniformes de estos hombres son ligeramente distintos de los que llevan los soldados. Tienen charreteras azules en los hombros, y sus gorras, colocadas frente a ellos sobre la mesa, lucen una franja del mismo tono azul con una raya roja.

Uno de ellos le sonríe finalmente y empieza a hablar con tono amable.

—¿Quiere decirnos su nombre?

—Cecilia Klein.
—¿De dónde es, Cecilia? ¿De qué país y ciudad?
—Soy de Bardejov, en Checoslovaquia.
—¿Su fecha de nacimiento?
—17 de marzo de 1926.
—¿Cuánto tiempo ha estado aquí?
—Llegué el 23 de abril de 1942, justo después de cumplir los dieciséis.

El agente hace una pausa, estudiándola.

—Eso fue hace mucho.

—Llevo aquí una eternidad.

—¿Y qué ha hecho desde abril de 1942?

—Mantenerme con vida.

—Sí, pero ¿cómo lo ha conseguido? —pregunta él la-deando la cabeza—. No parece que se haya muerto de hambre.

Cilka no responde. Se lleva la mano al pelo, que se cortó ella misma unas semanas atrás, cuando se llevaron a sus amigas del campo.

—¿Trabajaba?

—Mi trabajo era mantenerme con vida.

Los cuatro hombres se miran entre sí. Uno de ellos toma un papel y finge leerlo antes de hablar.

—Tenemos un informe sobre usted, Cecilia Klein. Dice que se mantuvo viva prostituyéndose para el enemigo.

Cilka no dice nada. Traga saliva con dificultad y mira a cada uno de los hombres intentando desentrañar lo que están diciendo, lo que esperan que responda.

—Es una pregunta sencilla —interviene otro de ellos—. ¿Tenía sexo con los nazis?

—Eran el enemigo. Yo aquí era una prisionera.

—¿Cogía con los nazis? Nos han dicho que lo hizo.

—Como muchos otros, me vi obligada a hacer lo que me ordenaban los que me tenían presa.

El primer agente se pone de pie.

—Cecilia Klein, la enviaremos a Cracovia y allí decidiremos su destino. —Ahora se niega a mirarla.

—No —dice ella, levantándose. «Esto no puede estar pasando»—. ¡No pueden hacerme esto! ¡Soy una prisionera!

Uno de los hombres que no han intervenido hasta ahora le pregunta con calma:

—¿Habla alemán?

—Sí, un poco. He estado aquí tres años.

—Nos han dicho que habla muchas otras lenguas y, sin embargo, usted es checoslovaca.

Cilka no protesta. Frunce el ceño, sin entender la importancia de ese detalle. A ella le enseñaron idiomas en el colegio, y luego aprendió otros mientras estaba allí.

Los hombres se lanzan miradas entre sí.

—El hecho de hablar otras lenguas nos induce a creer que usted era aquí una espía que debía informar a quienquiera que le comprara la información. Eso será investigado en Cracovia.

—Puede esperar una larga condena de trabajos forzados —le dice el primer agente.

Cilka tarda unos momentos en reaccionar. Y entonces el soldado que la ha traído la sujeta del brazo y la arrastra hacia fuera mientras ella clama su inocencia a gritos.

—¡Me forzaron, me violaron! ¡No! Por favor.

Pero los agentes no reaccionan. No parecen oírla. Ya se preparan para interrogar al siguiente.

PRISIÓN DE MONTELUPICH, CRACOVIA, JULIO DE 1945

Cilka se acucilla en el rincón de una celda húmeda y pestilente. Se esfuerza en llevar la cuenta del tiempo transcurrido. Días, semanas, meses.

No conversa con las mujeres que la rodean. Si los guar-

dianes oyen hablar a alguien, lo sacan de la celda y lo devuelven cubierto de moretones y con la ropa hecha jirones. «Mantente en silencio, vuélvete invisible —se dice— hasta que sepas qué sucede y qué cosas hay que hacer o decir.» Se ha arrancado un trozo de tela del vestido para envolverse la nariz y la boca y notar lo menos posible el hedor a desechos humanos, a humedad y podredumbre.

Un día la sacan de la celda. Desfallecida por el hambre y agotada por el esfuerzo para mantenerse alerta, todo lo que la rodea —las figuras de los guardianes, las paredes y los suelos de la prisión— le parece irreal, como en un sueño. Permanece en fila detrás de otras presas en un corredor, avanzando lentamente hacia una puerta. Durante unos momentos puede apoyarse en una pared caliente y seca. Mantienen templados los corredores para los guardias, pero no las celdas. Y aunque el tiempo en el exterior ya debe de ser templado, la prisión parece absorber el frío de la noche y conservarlo durante todo el día.

Cuando le toca el turno, Cilka entra en una habitación en la que hay un funcionario sentado tras un escritorio, con la cara iluminada por la luz verdosa de una única lámpara. Los hombres apostados junto a la puerta le indican que se aproxime a la mesa.

El funcionario está mirando un papel.

—¿Cecilia Klein?

Ella mira a su alrededor. Está sola en una habitación con tres hombres fornidos.

—¿Sí?

Él vuelve a bajar la vista y lee el papel.

—Ha sido condenada por trabajar con el enemigo como prostituta y también como espía. Se la sentencia a quince años de trabajos forzados —dice firmando el papel—. Ponga aquí su firma para certificar que lo ha comprendido.

Ella ha entendido todas las palabras del funcionario. Le ha hablado en alemán, no en ruso. ¿Será un truco? Nota

sobre sí los ojos de los hombres de la puerta. Sabe que tiene que decir algo. Parece que no le queda otro remedio más que aceptar la única posibilidad que se le ofrece.

El funcionario gira el papel hacia ella y señala la línea de puntos. Las letras de la parte superior están en cirílico, la escritura rusa. Una vez más, tal como le ha ocurrido una y otra vez en su joven vida, se encuentra ante dos opciones: una, el angosto camino que se abre ante ella; otra, la muerte.

El funcionario le tiende su bolígrafo y mira aburrido hacia la puerta, esperando ya a la siguiente persona de la cola. Él simplemente hace su trabajo.

Con mano temblorosa, Cilka firma el papel.

Sólo cuando la sacan de la prisión y la suben a empujones a un camión descubre que el invierno ha pasado, que la primavera no ha existido siquiera y que ya ha llegado el verano. Aunque el calor del sol es como un bálsamo para su cuerpo helado, ese cuerpo todavía vivo, su resplandor le hace daño a los ojos. Antes de que haya podido adaptarse del todo, el camión se detiene de golpe. Y ahí mismo, delante de ella, hay otro vagón de tren, otro tren de ganado pintado de rojo.

2

EN UN TREN CON DESTINO AL GULAG DE VORKUTÁ, SIBERIA,
CIENTO SESENTA KILÓMETROS AL NORTE DEL CÍRCULO
POLAR ÁRTICO, JULIO DE 1945

El suelo del vagón está cubierto de paja y cada prisionero intenta apropiarse de un angosto espacio donde poder sentarse. Las viejas gimen, los niños lloriquean. Cilka había albergado la esperanza de no volver a oír nunca más los gemidos de las mujeres sufriendo. El tren permanece durante horas en la estación y el calor del día convierte el interior del vagón en un horno. El balde de agua que han dejado para compartir entre todos se vacía enseguida. Los chillidos de los bebés se vuelven roncós y desgarradores; las viejas no pueden hacer otra cosa que acunarse a sí mismas como si estuvieran en trance. Cilka se ha situado contra una pared y se ve reconfortada por los hilos de aire que se cuelan entre las grietas. Una mujer se apoya en ella por un lado; una espalda se aprieta contra sus rodillas flexionadas. Ella no opone resistencia. No tiene sentido pelearse por un espacio que no existe.

Intuye que la noche ha caído cuando la locomotora da la primera sacudida, tratando con dificultad de arrastrar un número desconocido de vagones lejos de Cracovia: lejos, según parece, de cualquier esperanza de volver a casa.

Se había permitido unos momentos de esperanza cuando estaba en el bloque de *aquel lugar*, aguardando.

No debería haber osado. Está destinada a ser castigada. Quizá lo merezca. Pero, mientras el tren toma velocidad, Cilka se promete que nunca volverá a acabar en un sitio como el bloque 25.

Tiene que haber otras maneras de mantenerse viva que no impliquen presenciar tanta muerte.

¿Sabrá algún día si las amigas que fueron obligadas a abandonar el campo llegaron a ponerse a salvo? Seguro que sí. No soportaría pensar lo contrario.

A medida que el traqueteo del tren adormece a los niños, se hace un silencio sólo interrumpido por los gemidos de una joven madre que sujeta en brazos a un bebé esquelético. El pequeño ha muerto.

Cilka se pregunta qué habrán hecho las demás mujeres para acabar allí. ¿También son judías? Por lo que dedujo de algunas conversaciones que oyó, la mayoría de las mujeres de la prisión no lo eran. Se pregunta adónde se dirigen. Por una especie de milagro, se queda adormilada.

Un frenazo repentino del tren sacude violentamente a los pasajeros. Cabezas golpeadas, miembros torcidos, gritos de dolor por doquier. Cilka se agarra a la mujer que ha pasado la noche apoyada sobre ella.

—Ya hemos llegado —dice alguien. Sí, pero ¿adónde?

Cilka oye un estrépito de puertas que se abren más adelante, pero no parece que nadie abandone los vagones. La puerta del suyo se abre de golpe. Una vez más, la luz deslumbrante del sol le escuece en los ojos.

Hay dos hombres fuera. Uno entrega un balde de agua a las manos que se extienden con avidez. El otro arroja varios mendrugos de pan al interior del vagón antes de cerrar la puerta ruidosamente. La penumbra las envuelve de nuevo. Se desata una pelea entre las mujeres que se abalanzan para agarrar un pedazo de pan. Una escena demasiado familiar para Cilka. El griterío se intensifica, hasta que finalmente una mujer mayor se pone de pie y levanta las

manos sin decir nada. Incluso en la semioscuridad, esa pose parece imponerse en el vagón entero y resulta poderosa. Todas se quedan calladas.

—Vamos a compartir —dice la mujer con autoridad—. ¿Cuántas hogazas tenemos?

Se alzan cinco manos. Ése es el número de hogazas de pan que hay para todas.

—Primero denle a los niños. El resto lo compartiremos. Si algunas se quedan sin nada, serán las primeras la próxima vez. ¿De acuerdo?

Las mujeres que tienen el pan empiezan a partirlo en pedazos pequeños y los distribuyen entre las madres. Cilka no recibe ninguno. Se siente contrariada. No está segura de que sea buena idea dar comida a los niños si el lugar al que van es como los que ella ha conocido hasta ahora. Será malgastarlo. Es un pensamiento terrible, lo sabe.

Durante muchas horas el tren permanece inmóvil. Las mujeres y los bebés callan de nuevo.

El silencio se ve roto por los gritos de una chica. Cuando las que la rodean tratan de calmarla y averiguar qué sucede, ella levanta entre sollozos una mano cubierta de sangre. Cilka la ve a la luz de los destellos que se cuelan en el vagón.

—Me estoy muriendo.

La mujer que está más cerca mira la sangre que mancha su vestido.

—Tiene la regla —dice—. Está bien, no se va a morir.

La chica sigue sollozando.

Otra chica algo más joven y con un vestido de verano similar, la que está sentada contra las piernas de Cilka, se remueve para incorporarse y pregunta levantando la voz:

—¿Cómo te llamas?

—Ana —gimotea la otra.

—Ana, yo me llamo Josie. Nosotras cuidaremos de ti —dice recorriendo el vagón con los ojos—. ¿Verdad que sí?

Todas murmuran, asintiendo.

La mujer mayor toma la cara de la chica con ambas manos y se la acerca a la suya.

—¿Es que no habías tenido nunca la regla?

Ella niega con la cabeza. La mujer la estrecha contra su pecho y la acuna hasta calmarla. Cilka siente una extraña punzada de nostalgia.

—No te estás muriendo. Te estás haciendo mujer.

Algunas ya han empezado a arrancarse trozos de ropa, pedazos de dobladillo de sus vestidos, y se los pasan a la mujer que se está ocupando de la chica.

El tren da una brusca sacudida hacia delante, tirando al suelo a Josie. Ella suelta una risita. Cilka no puede evitar reírse también. Sus miradas se encuentran. Josie se parece un poco a su amiga Gita. Las cejas y las pestañas oscuras; la boca pequeña y bonita.

Muchas horas después, se detienen de nuevo. Les arrojan pan y un balde de agua. Esta vez, la parada incluye un registro adicional y los soldados obligan a la joven madre a entregar a su bebé muerto. Tienen que retenerla para que no intente salir del vagón y seguir a su hijo. El estrépito de la puerta al cerrarse la reduce al silencio mientras la arrastran a un rincón para que lllore su pérdida.

Cilka advierte que Josie lo observa todo atentamente, con la mano en la boca.

—Josie, ¿no? —le pregunta a la chica, que ha estado sentada contra ella desde que se subieron al tren. Se lo dice en polaco, la lengua que le ha oído hablar.

—Sí. —Josie maniobra poco a poco para girarse hasta que quedan rodilla contra rodilla.

—Yo me llamo Cilka.

El inicio de su conversación parece envalentonar a las otras mujeres. Cilka oye cómo sus vecinas se preguntan sus nombres, y muy pronto todo el vagón se llena de un sigiloso murmullo. Se identifican las lenguas respectivas y

se produce un laborioso desplazamiento para reunir a cada nacionalidad. Se cuentan historias. Una mujer fue acusada de ayudar a los nazis por dejarlos comprar pan en su panadería de Polonia. Otra fue detenida sólo por traducir la propaganda alemana. A una la encarcelaron los nazis y, a pesar de haber sido su prisionera, luego la acusaron de espiar para ellos. Increíblemente, algunas risas dispersas se alternan con las lágrimas a medida que cada mujer explica cómo ha acabado en esa situación. Varias confirman que el tren se dirige a un campo de trabajo, aunque no saben dónde.

Josie le cuenta a Cilka que es de Cracovia y que tiene dieciséis años. Cilka abre la boca para decirle su edad y su lugar de nacimiento, pero antes de que pueda hacerlo interviene una mujer sentada cerca, que declara en voz alta:

—Yo sé por qué está aquí.

—Déjala en paz —le dice la robusta mujer mayor que ha propuesto que compartieran el pan.

—Pero yo la vi vestida con un abrigo de piel en mitad del invierno mientras nosotras nos moríamos de frío.

Cilka permanece en silencio. Nota que le sube un calor por el cuello. Levanta la cabeza y mira fijamente a su acusadora. Una mirada que la otra no es capaz de sostener. La reconoce vagamente. ¿No era ella también una de las veteranas en Birkenau? ¿No tenía un puesto caliente y confortable en el edificio de la administración?

—Y tú, que pretendes acusarla —dice la mujer mayor—, ¿por qué estás aquí, en este vagón de lujo con nosotras, de camino a unas vacaciones de verano?

—Yo no he hecho nada —contesta la otra débilmente.

—Ninguna de nosotras ha hecho nada —replica con energía Josie, defendiendo a su nueva amiga.

Cilka aprieta la mandíbula y deja de mirar a la mujer.

Nota los ojos amables de Josie sobre su rostro.

Ella esboza una tenue sonrisa y voltea la cabeza hacia la

pared. Cierra los ojos y trata de apartar el recuerdo repentino de Schwarzhuber —el oficial al mando de Birkenau— alzándose sobre ella en aquel cuartito, aflojándose el cinturón, con el sonido de fondo de las mujeres llorando al otro lado de la pared.

La siguiente vez que se detiene el tren, Cilka consigue una ración de pan. Instintivamente, se come la mitad y se guarda el resto en la pechera de su vestido. Mira en derredor, temiendo que alguien la esté mirando y quiera quitárselo. Voltea la cabeza hacia la pared y cierra otra vez los ojos.

Se las arregla para dormir un rato.

Cuando se despierta como flotando, la sobresalta la presencia de Josie justo delante de ella. La chica extiende la mano y le toca el pelo cortado al rape. Cilka debe frenar el impulso automático de apartarla.

—Me encanta tu cabello —dice Josie con voz triste y cansada.

Relajándose, Cilka se incorpora y toca el pelo toscamente cortado de la chica.

—A mí también me gusta el tuyo.

A Cilka la raparon y la despiojaron hace poco en la prisión. Para ella es algo bien conocido, pues ha presenciado muy a menudo cómo se lo hacían a los presos en aquel *otro lugar*, pero supone que para Josie debe de ser algo nuevo.

Deseando cambiar de tema, pregunta:

—¿Estás aquí con alguien?

—Con mi abuela.

Cilka sigue su mirada hacia la osada mujer mayor que ha hablado antes. Aún continúa rodeando a Ana con el brazo, y las observa a las dos atentamente. Se dirigen un gesto de saludo.

—A lo mejor quieres estar más cerca de ella —comenta Cilka.

Allí adonde van, esa mujer mayor tal vez no dure mucho.

—Debería. Quizá esté asustada.

—Tienes razón. Yo también lo estoy —dice Cilka.

—¿En serio? No lo pareces.

—Sí, ya lo creo. Si quieres volver a hablar, estaré aquí.

Josie avanza con cautela, sorteando a las mujeres que la separan de su abuela. Cilka la observa a través de las franjas de luz que se cuelan en el interior del vagón. Esboza espontáneamente una sonrisa al notar cómo las mujeres se remueven para acomodar a su nueva amiga.

—Han pasado nueve días, creo. Los he contado. ¿Cuánto debe de faltar? —murmura Josie sin dirigirse a nadie en concreto.

Ahora hay más espacio en el vagón. Cilka ha llevado la cuenta de las que han muerto de enfermedad o inanición, o por las heridas sufridas durante los interrogatorios. Se llevan los cuerpos cuando el tren se detiene para darles pan y agua. Once adultas, cuatro bebés. De vez en cuando, les arrojan algunas frutas, además de esos mendrugos resecos que las madres ablandan en sus bocas antes de dárselos a los niños.

Ahora Josie yace acurrucada junto a Cilka, con la cabeza sobre su regazo. Duerme agitadamente. Ella sabe qué imágenes deben de cruzar su mente. Unos días atrás, murió su abuela. Parecía una mujer robusta y audaz, pero luego empezó a toser, se puso cada vez peor, con temblores por todo el cuerpo, y acabó rechazando su ración de comida. Al final, dejaron de oír su tos.

Cilka vio a Josie junto a la puerta del vagón mientras bajaban con brutalidad el cuerpo de su abuela a los guardias que esperaban fuera. Ella misma sintió en ese momento un dolor tan intenso que se dobló en dos, completamente sin aliento. Pero no le salieron las lágrimas ni ningún sonido.

Centenares de chicas desfilan de Auschwitz a Birkenau en un caluroso día de verano. Cuatro kilómetros. Una marcha lenta y penosa para muchas de ellas, que llevan las botas mal ajustadas, o, peor, que carecen de calzado. Al entrar por el enorme e imponente arco de ladrillo, ven cómo están construyendo los bloques. Los hombres que trabajan se detienen para mirar con horror a las recién llegadas. Cilka y su hermana Magda han pasado en Auschwitz unos tres meses trabajando junto a otras chicas eslovacas.

Las hacen salir de la calle principal que atraviesa el campo y las llevan a la zona vallada, donde hay varios edificios terminados y otros todavía en construcción. Luego les ordenan parar y permanecer en fila bajo un sol abrasador durante lo que parecen horas.

Oyen un revuelo a su espalda. Cilka voltea hacia la entrada del campo de mujeres y ve que se acerca un oficial de alta graduación, seguido de un séquito de hombres. La mayoría de las chicas mantiene la cabeza baja. Pero ella no. Quiere verle la cara a ese hombre que necesita semejante protección frente a un grupo de muchachas desarmadas e indefensas.

—Lagerführer Schwarzhuber —dice un guardia, saludando al oficial—. ¿Va a supervisar usted hoy la selección?

—Así es.

El oficial, Schwarzhuber, continúa caminando junto a la fila de chicas y mujeres. Hace un breve alto al pasar junto Cilka y Magda. Cuando llega al principio de la hilera, da media vuelta y empieza a recorrerla de nuevo. Ahora ve los rostros cabizbajos. De vez en cuando, pone su bastón de mando bajo la barbilla de una chica para alzarle la cara.

Ya se está acercando. Se detiene junto a Cilka; Magda está detrás. Alza su bastón. Cilka se le adelanta y levanta la barbilla, mirándolo directamente a los ojos. Pretende atraer su atención para que no se fije en su hermana. Él le agarra el brazo izquierdo, al parecer para mirar los números descoloridos de su piel. Cilka

oye cómo Magda contiene el aliento a su espalda. El oficial le suelta el brazo y vuelve al principio de la fila. Cilka lo ve hablar con el oficial de las SS que tiene a su lado.

Las han vuelto a clasificar. Izquierda, derecha; los corazones palpitantes, los miembros rígidos de miedo. Cilka y Magda han sido seleccionadas para seguir viviendo. Ahora están en la fila para que vuelvan a marcarlas con tremendo dolor: para entintar los tatuajes de tal modo que nunca más se despinten. Las dos permanecen muy cerca, pero sin tocarse, aunque se mueren de ganas de reconfortarse mutuamente. Se susurran mientras esperan. Consolándose, haciéndose preguntas.

Cilka mira cuántas chicas tiene delante. Cinco. Pronto llegará su turno, y luego el de Magda. Una vez más, extenderá el brazo izquierdo para que alguien perfore esos borrosos números azules en su piel. La marcaron por primera vez al entrar en Auschwitz hace tres meses, y ahora la marcan de nuevo, tras haber sido seleccionada para ese nuevo campo. Auschwitz II: Birkenau. Empieza a temblar, aunque es verano y el sol resplandece sobre ella. Teme el dolor que va a sentir enseguida. La primera vez gritó del shock. Esta vez, se dice, guardará silencio. Aunque sólo tiene dieciséis años, ya no puede comportarse como una niña.

Atisbando desde la fila, observa al Tätowierer. Él mira a los ojos a la chica cuyo brazo sujeta. Cilka ve que se lleva un dedo a los labios: «Chiss», y que le sonríe. Cuando la chica se aleja, él baja la vista, pero luego vuelve a levantarla y la sigue observando. Después, toma el brazo de la siguiente y no advierte que la chica anterior también ha volteado para contemplarlo.

Cuatro. Tres. Dos. Uno. Ahora le toca a ella. Voltea un momento la cabeza, le dirige a Magda una mirada tranquilizadora y avanza. Se planta frente al Tätowierer, con el brazo izquierdo pegado al cuerpo. Él se lo levanta con delicadeza. Ella se sorprende a sí misma apartándolo de un modo casi inconsciente, lo cual hace que el hombre la mire, que la mire a los ojos: unos ojos que

Cilka sabe que están llenos de rabia e indignación por el hecho de que tengan que mancillarla de nuevo.

—Lo siento, lo siento mucho —susurra él con amabilidad—. Dame el brazo, por favor.

Pasan unos momentos. Él no hace ningún intento de tocarla. Ella levanta el brazo y se lo ofrece.

—Gracias —musita él—. Acabaré enseguida.

Con sangre goteando del brazo, aunque no tanta como la otra vez, Cilka susurra: «Vaya con cuidado con mi hermana», y luego se aparta lo más lentamente posible para dar paso a Magda. Busca con curiosidad a la chica que iba delante de ella. Voltea un momento hacia el Tätowierer. Él no la ha seguido con la mirada mientras se alejaba. Ve a la muchacha frente al bloque 29 y se sienta con ella y con todas las demás, que están esperando a que las dejen entrar en su nuevo «hogar». Observa a la chica. Incluso con la cabeza rapada y ese vestido holgado que oculta las curvas que pueda tener, o que tuvo en su momento, es hermosa. Sus grandes ojos oscuros no muestran los signos de desesperación que Cilka ha visto en muchas otras. Quiere llegar a conocer a esa chica que ha hecho que el Tätowierer se volteara a mirarla. Magda aparece enseguida a su lado, con una mueca de dolor. Ahora mismo no hay ningún guardia a la vista y Cilka le estrecha la mano.

Esa noche, mientras las ocupantes del bloque 29 buscan un hueco en una litera compartida con varias más y se preguntan unas a otras con sigilo «¿De dónde eres?», Cilka descubre que la chica se llama Gita. Procede de una aldea de Eslovaquia, no lejos de Bardejov, la ciudad de Cilka y Magda. Gita les presenta a sus amigas Dana e Ivana.

Al día siguiente, después del recuento, las envían a su zona de trabajo. A Cilka la apartan; no la mandan como a las demás a trabajar al almacén Canadá, donde clasifican las pertenencias, las joyas y las reliquias familiares que los presos se han llevado a Auschwitz y preparan gran parte de ese material para enviarlo de vuelta a Alemania. Por una petición especial, ella debe presentarse en el edificio de la administración para trabajar allí.